

(Sale el Sacristán Gigorro con sotana, manteo y bonete, y debajo de la sotana lleva un justillo colorado, y viene tirando de la ropa a Marina, mujer del Vejete.)

Espérame, víbora;  
aguárdame, monstruo,  
que soy una remora  
que detengo un corzo.  
Mira ese San Lázaro  
que, cual hijo pródigo,  
va buscando fábulas  
por el mundo lóbrego.  
Descubre esas lámparas,  
mira aqueste astrólogo,  
que con esos átomos  
me dejás atónito.  
Dame ahora un júbilo  
de tus ojos sólidos,  
que es de gente plácida  
amar a su prójimo.  
Abre esa recámara,  
no me des más tósigo,  
que con estos tártagos  
me volveré hidrópico.  
Ea, Cananea,  
téplense esos órganos,  
porque con tu música  
viva aqueste incógnito.  
Ablándate, Circe.  
¿Oye?, no sea tonto,  
que haré que Lorenzo  
le sacuda el polvo.  
Abrenuncio, domina.  
Dejemos coloquios  
y pase de largo.  
Yo me vuelvo loco.  
¡Oh, maldita estrella!  
¡Oh, infame pronóstico!  
Hárame merced  
de no hacerse plomo,  
que soy enemiga  
de gente de hisopo.  
Lo que digo advierta,  
mude de propósito,  
que he de ser Lucrecia.  
Yo Tarquino, el romo,  
aunque un reino pierda.  
Mi señor Gigorro,  
ya le tengo dicho  
que es un tonto.  
¿Cómo?  
¿Pues hay en España,  
ni en el mundo todo,  
hombre como yo?  
Deténgase un poco,

no se alargue tanto  
que quedará corto.  
Reporto la ira  
por tus bellos ojos,  
que ellos son el freno  
de mis alborotos.  
Ama a quien te adora;  
goza mis despojos,  
pues a ti se rinden  
mis sentidos todos.  
No quieras que un alma  
de tan grande tolo,   
esté padeciendo  
tantos monipodios.  
Que si sé, por dicha,  
que me amas un poco,  
verás, mi borrega,  
cómo yo te adoro.  
Daréte mil cosas  
de mi promontorio,  
y siempre tendrás  
rosquillas y bollos.  
No me haga arrumacos,  
que bien le conozco,  
que tiene más vueltas  
que el Hebrero loco.  
¿Yo vueltas, picina?  
¡Por Dios, que me corro  
de que así me trates ,  
siendo único y solo!  
Ríndete, bobilla,  
mira este cimborrio  
de este sacristán,  
que es molde de tontos.  
Yo soy, por mis méritos,  
obispo de Coicos ,  
rey de renacuajos  
y papa de monos.  
Diga, por su vida,  
mi señor Gigorro:  
¿qué razón le mueve  
a volverse loco?  
Esos ojos bellos,  
esos bellos ojos,  
que por ellos, niña,  
voy dando de ojos.  
Dame aquesa mano,  
que, si este bien gozo,  
te prometo hacer  
una estatua de oro.  
Basta, sacristán:  
digo que te adoro,  
y que seré tuya  
sin más circunloquios.

Estrellas del cielo,  
astros, signos, polos,  
celebrad mi gloria  
del Tajo al Pactolo.  
Haced que la fama  
publique mi gozo,  
con dulce sonido  
y admirable tono.  
Dame aquesos brazos,  
reina de mis ojos,  
que es justo que en ellos  
me zabuque todo.  
Y en fin, ¿qué ha de darme  
si este bien le otorgo?  
Telas de las Indias  
con mil lazos de oro,  
que en los pensamientos  
soy segundo Corzo;  
servillas de plata,  
puntas de abalorio,  
medias de Toledo  
que llenen los ojos;  
cortes de Sevilla,  
gargantillas de oro,  
mantos de soplillo,  
y, al fin, para el rostro,  
color de Granada  
que estés como un oro.  
Sepa que me han dicho  
que es un manda potros,  
y que nunca cumple  
promesas ni votos.  
Pues para que creas  
que algún mentiroso  
procura enredarme  
en forma de momo,  
toma este manteo  
que, aunque vale poco,  
es reliquia santa  
de mis abolorios. (Dale el manteo.)  
Recíbele en prenda  
mientras que yo, propio,  
te doy certidumbre  
si soy manirroto.  
Mírale muy bien,  
repara en su bodrio,  
que ahí verás pintado  
a Argos con cien ojos.  
¿Estás ya contenta,  
mi Marina?  
¡Y como!  
Este quede en prendas  
mientras que con otro  
manteo, más galán,

me des en los ojos.  
¿Y cómo le quieres?  
De grana de polvo  
con tres pasamanos.  
¿Y de qué?  
De oro.  
Dale por traído,  
reina de mis ojos,  
que en eso que pides  
no me verás corto.  
Anda acá, sol mío.  
Vamos, mi custodio,  
que tú eres la guarda  
de este cuerpo fofo.  
Pero, ¿no me abrazas?  
Allega, cachorro.  
(Abrazale y váiise, y sale Pero Díaz, vejete, con una ballesta de  
bodoques, mirando a todas partes.)  
¡Hay tal bellaquería!, ¡vive Cristo,  
Don barberillo, que mentís mil veces,  
si en mi sangre ponéis alguna mácula!;  
que no hay en mi linaje ningún moro;  
y ¡voto al sol!, que si armo la ballesta,  
que os tengo de meter un bodocazo,  
y sacaros un ojo por lo menos.  
; Remoquetes conmigo y cosquillitas,  
que me hallé en la batalla de Lepante  
sirviendo como un Cid a Don Juan de Austria?  
No conmigo esas chanzas, barberito,  
que soy peor que Judas si me enojo.  
¡Bonito es Pero Díaz! ¡Hijo, Lorenzo!,  
¡hijo, Lorenzo!, sal acá; ¿qué haces?  
(Sale Lorenzo, simple, rinetido.)  
¡Oh, lleve el diablo el asno del judío,  
y aun el que le vendió!  
¿Qué es eso, mozo,  
que parece que el diablo anda contigo?  
Qué diablos ha de ser, ¡voto a mi sayo!,  
que basta aqueste asno a hacer que el hombre  
pierda todo el juicio.  
Lorencillo,  
¿con quién es la pendencia y pesadumbre?  
Con el asno de casa.  
¿Qué te ha hecho?  
Sabrá, pues, su merced, que yo y el asno,  
estando en el corral esta mañana,  
dale al diablo, que tiene más dobleces  
que un zaragüel francés.  
Di lo que pasa,  
y déjate de dimes y diretes.  
En efleute los dos nos saludamos,  
y él, entonando la voz para el rebuzno,  
me recibió con mosquina.  
En efecto,

¿en qué vino a parar después el caso?  
En que se quedó el asno hecho una mona;  
como vio que del canto me reía,  
y díjome en su lengua: «Hijo, Lorenzo,  
apostemos los dos (si es que eres hombre),  
a cuál canta mejor en canto llano.»  
Y apostando los dos, luego al momento  
saqué de aqueste lado cuatro reales,  
y dije que pusiese él otros cuatro.  
Obedecióme el asno, que es honrado,  
aunque hace de las suyas cuando quiere,  
y echando mano a su bolsón trasero,  
sacó cierta moneda.

¿Qué moneda?

Con lo que paga el asno lo que come:  
yo no sé si ella pasa, pero pase.  
Dejémonos de pullas, Lorencillo,  
y abrevia con el cuento.

En fin , el asno  
cantó en su voz, y yendo con su tono,  
no sé qué le tomó, que de los fuelles  
salió un punto cruel; yo dije entonces:  
– Téngase, señor asno, que ha perdido,  
que aqueste punto es falso. – Y el mohíno  
me dio una coz en medio del estómago,  
que me dejó en el suelo medio muerto.  
Yo, de que vi que el asno era taimado,  
cogí un garrote y dile en la cabeza ,  
que le dejé sin habla.

¡Vive el cielo,  
que creo que le has muerto!  
Entre allá dentro,  
que el asno le dirá lo que ha pasado,  
sino es que , por su mal, esté ya muerto.  
(Ahora bien; aunque el asno me importaba,  
más vale por los más, perder los menos,  
y valerme de aqueste.) Hijo, Lorenzo:  
yo he reñido con ese barberillo  
porque se ha demandado de la lengua  
en vituperio de mi honrosa estirpe,  
publicando en la plaza que soy moro.  
Pues qué, ¿no vale más que ser judío?  
Eso ni esotro, hijo de mi alma.  
Por eso bueno, que lo tiene todo.  
Digámonos , mocito, que hay ballesta,  
y os meteré un bodoque por el ojo.  
Qué sabe si cabrá , que hay otros dentro.  
Vente conmigo; que este barberillo  
ha de morir aquesta noche.

Vamos,  
que muy gentiles palos esperamos.  
(Vánse, y sale el Sacristán,alzada la sotana, con una linternilla,  
como de noche, y un mortero de piedra, y con él Perales, su amigo, y  
dos Músicos.)

Esperen, señores,  
y un poquito aguarden.  
Hemos de cantar,  
porque ya es muy tarde,  
y andará la ronda.  
Vuested no se canse,  
que aún no es media noche.  
¿No es mejor que cante,  
porque esa señora  
al son se levante?  
¡Ay, señores míos!  
Vuestedes no saben  
el mal con que vengo.  
¡Gentil disparate!  
Vuested vendrá  
perdido a remate  
por esta señora,  
que ronda la calle;  
y para decirnos  
sus penas y males ,  
quiere encarecello:  
¿es aquesto?  
¡Tate!  
¿He dado en la tecla,  
señor Brandimarte?  
Otro mal, señores,  
me vuelve a la calle,  
que, para mí, entiendo  
que es mal incurable.  
Díganos su mal;  
que a veces los males  
dicen que se alivian  
con comunicarse.  
Sabrán vuestedes,  
que, estando esta tarde  
con aquella ninfa ,  
que juega de rapie,  
en señal de treguas ,  
y de nuestras paces,  
le dejé el manteo  
de mis Navidades.  
Pero agora miro  
que es gran disparate  
por un gusto breve  
dar un don tan grande.  
Demás que no puede  
aqueste gigante,  
hijo de Nembrot,  
andar por las calles.  
Ya yo la he gozado;  
y pues ya se sabe,  
cobremos la prenda,  
y adiós, a otra parte.  
Vive Dios, Gigorro,

que es gran disparate,  
según yo imagino,  
pensar de cobralle:  
porque están durmiendo,  
y será quebrarse  
la cabeza el hombre.  
Háganse a esta parte  
mientras que yo llamo.  
Dejadle que llame.  
¿Quién está en su casa?  
¿Qué es esto que hace?  
Después lo veremos.  
Callad.

Que me place.  
(Dice dentro el Vejete):  
¡Hola! Lorencillo,  
las ventanas abre,  
y mira quién llama.  
¡Ah de casa! ¿No abren?  
¡Lorencillo, hijo!  
No responde nadie.  
Todo el mundo duerme:  
quiero levantarme,  
¡Señor Pero Díaz!..  
¡Lorencillo!...

Aguarde,  
que ya me levanto.  
Bueno va; ya abren.  
(Asómase el Vejete arriba de figurilla con un candil, como que se  
levanta de la cama.)  
¿Quién es el que llama  
con voces tan grandes?  
Cayéndome estoy  
de risa. Perales,  
viendo al pobre viejo  
temblalle las carnes.  
Veamos en qué para.  
¿No responde nadie?  
Señor Pero Díaz ,  
vuesanced se aguarde.  
¿Quién es el que llama?  
Gigorro.  
Pues mande  
decir a qué viene,  
porque estoy en carnes.  
Yo, señor, venía...  
Diga, pues, que es tarde,  
y me estoy helando.  
Gallardo donaire.  
Con este mortero,  
porque aquesta tarde  
le hube menester...  
Prosiga adelante.  
Y esa mi señora,

con aspecto afable,  
me le dio prestado;  
el cielo la guarde.  
Y como yo siempre  
procuro ser ágil,  
no quiero, si puedo,  
que se queje nadie.  
Éste es el mortero,  
vuesanced se humane  
como suele siempre  
y a tomalle baje.  
Yo le perdonara,  
señor, de mi parte  
que no le trujera  
a hora semejante.  
Vuélvase mañana  
ó échele en la calle,  
que por un mortero  
no es bien que me mate.  
Y otra vez no sea ,  
mi señor, tan ágil.  
Oiga ; por su vida ,  
téngase y repare  
que también lo hago...  
Digo que me maten  
si se ha visto nunca  
cuento semejante.  
Es grande su ingenio.  
Pues ¿por qué lo hace?  
Porque yo no puedo  
salir por la calle  
sin ese manteo  
que dejé esta tarde  
por prenda y señal  
que había de tornalle;  
y he de madrugar.  
Vuesanced aguarde ,  
que estoy sin juicio  
de sucesos tales.  
(Quitase el Vejete de la ventana.)  
¿No he andado extremado?  
Tienes mil donaires.  
¿Quién sino Gigorro  
pudiera cobrarle?  
(Dentro.)  
¡Hola, mujer mía!  
¿Qué hacéis de vocearme?  
¿Dónde está el manteo?  
Ahí le vi de nantes.  
Levantaos aprisa,  
que espera en la calle.  
¡Jesús! ¿Qué es aquesto?  
¿Hay tal disparate?  
Levantaos, señora,



antes que os levante  
arrastrando yo.  
Allega a sacarme.  
¿No escucháis las voces?  
Bueno va cobralde,  
porque no sería  
ella esfinge o áspid.  
Toma esa luz, mozo.  
Ya la mató el aire.  
(Sale el Vejete y Marina, su mujer, y el Bobo.)  
¡Oh , señores míos,  
el cielo los guarde!  
Y a ti , bellacón ,  
un fuego te abraza.  
¿Es el manteo este  
que quedó esta tarde  
en casa por prenda?  
Sí, señor.  
Tomadle ,  
que a mí me ha pesado  
de que se os tomase  
la prenda por cosa  
que tan poco vale.  
Vivan vuesancedes  
mil siglos y edades,  
para que continuo  
me honren y amparen.  
Yo quedo obligado  
desde aquí adelante  
a servir aquesto.  
Véngase por carne.  
Oyete, Lorenzo,  
que si mucho me haces,  
por Dios poderoso  
que te descalabre.  
Tome su mortero,  
si es que gusta, y calle,  
pues el sacristán  
machaca de balde.  
Y, en fin, otra vez  
aquí no se extrañe,  
pues ve que esta casa  
desea agradarle;  
y a vos, mi señora ,  
os digo delante  
del señor Gigorro,  
que podéis prestalle  
el mortero vuestro  
para que machaque  
sin que traiga prenda  
hasta que se harte.  
Digo, Pero Díaz,  
que obedezco.  
Calle,

que él vendrá por él  
sin que él se lo mande.  
Plega a Dios, aleve,  
que a manos de un áspid  
muera dando voces,  
porque a nadie engañes.  
¿Quién es esa gente?  
Dos amigos, grandes  
músicos, del alma.  
Pues haced que canten,  
ya que aquí han venido.  
Cantad.

Que nos place.  
Pues vaya esta letra,  
que tiene donaire,  
y es muy a propósito  
de lo desta tarde.  
(Letra.)

"Marido, pues sois carnero,  
si no queréis que se entienda,  
dad al sacristán la prenda,  
pues os ha vuelto el mortero."

Hola, mujer mía,  
no quiero que pase ,  
si vos sois servida,  
ese consonante.  
¿De qué?

De carnero.  
Sea cordero, y vale.  
Ahora, mis señores,  
eso es disparate.  
La copla es muy buena  
y es bien que se cante.  
Alto, pues que gustan,  
carnero me llamen.  
Y será muy bien  
de donde topare.

(Cantan los MÚSICOS y bailan el Sacristán y Marisa.)

"Marido, pues sois carnero,  
si no queréis que se entienda,  
dad al sacristán la prenda,  
pues os ha vuelto el mortero."

Prestad, marido, paciencia  
en medio de tanto afán,  
y volved al sacristán  
la prenda sin resistencia.  
Que yo juro en mi conciencia  
que otra vez me vengue yo;  
pero qué digo, eso no:  
haced como caballero.

"Dad al sacristán la prenda,  
pues os ha vuelto el mortero."